



Ha llegado la hora de los Indios

Eleazar López Hernández, Pbro

Centro Nacional de Ayuda Misiones Indígenas. 2010

Las voces silenciosas de los pueblos originarios del Continente están emergiendo. Puestos en pié, interpelan con un clamor ancestral para salir de la tumba a la que han estado expuestos. Actualmente son más los espacios abiertos a estos pueblos de esperanza, pero aún el camino es largo y de ahí la insistencia de continuar con el llamado para mostrar a la sociedad la importancia de recuperar su legado y empalmarlo con la realidad actual. Es una invitación a no perder la fe de que otro mundo es posible, ya que estos pueblos se convierten en una alternativa de vida, que junto con otros excluidos de la sociedad hacen un llamado a la justicia, a la equidad y al respeto por la Madre Tierra. Los indígenas tienen el derecho a sentarse en la mesa con todos los comensales de la vida.

As vozes silenciosas dos povos originários do Continente estão emergindo. Postos em pé, interpelam com um clamor ancestral para sair da tumba a que têm estado expostos. Atualmente são mais os espaços abertos a estes povos de esperança, mas mesmo assim, o caminho é longo e daí a insistência de continuar com o chamado para mostrar á sociedade a importância de recuperar seu legado e ligação com a realidade atual. É um convite a não perder a fé de que outro mundo é possível, já que estes povos se convertem em uma alternativa de vida, que juntamente a outros excluídos da sociedade fazem um chamado à justiça, à equidade e ao respeito pela Mãe Terra. Os indígenas têm o direito a sentar-se à mesa com todos os convidados da vida.

1. LOS TIEMPOS ESTÁN CAMBIANDO

Hace apenas unos cuantos años la presencia y la voz indígena en las sociedades nacionales y en la Iglesia de América Latina no tenían ninguna relevancia. Éramos la población negada, los *sin voz ni voto*, aquellos sobre quienes los demás podían decidir qué hacer o qué no hacer, sin consultarnos ni tomarnos en cuenta. Era como si prácticamente no existiéramos o sólo fuéramos objeto de atenciones o de opciones benevolentes incluso de quienes se aprovechaban de nuestros recursos y del fruto de nuestro trabajo. Pero los tiempos han cambiado y ahora nuestra voz, que lentamente se fue levantando primero como un murmullo casi silencioso y luego como un clamor de gritos exigentes, resuena en los cuatro cantos del mundo globalizado para clamar por la vida no sólo de las y los indígenas, sino todas y de todos los que somos hijas e hijos de la Madre Tierra. Para algunos esto es motivo de gozo y, para otros, más bien causa de temor y preocupación.

Después de mucho tiempo de ser puestos a la deriva o al margen de las sociedades dominantes, los indígenas estamos emergiendo de la tumba, a la que nos han querido llevar, con la misma lozanía de Aquel que se levantó de entre los muer-

tos para espanto de quienes quisieron aniquilarlo llevándolo al cadalso de la cruz; Aquel mismo que creyó que su amigo Lázaro no estaba muerto y fue a despertarlo después de varios días de haber sido enterrado.

2. LA EMERGENCIA INDÍGENA Y SUS IMPLICACIONES

La actual puesta en pie de los *pueblos originarios* del Continente interpela seriamente a todos, incluida desde luego la Iglesia Católica, que ha recibido directamente el impacto de esta voz¹. Pero este clamor ancestral desafía sobre todo a las sociedades nacionales al reclamar que diseñemos juntos y pongamos en marcha nuevos proyectos de nación donde las y los indígenas no seamos sólo objeto de derecho y de acciones altruistas, sino sujetos de la vida del país, como verdaderos pueblos que existían aquí mucho antes que las naciones actuales. Parafraseando el evangelio de Jesús (cf. Mt 15, 21-28), los indígenas ya no nos resignamos sólo a comer, como los *perritos*, las migajas que caen de la mesa de quienes se han apoderado de la conducción de nues-

Después de mucho tiempo de ser puestos a la deriva o al margen de las sociedades dominantes, los indígenas estamos emergiendo de la tumba, a la que nos han querido llevar



tros países e iglesias; queremos sentarnos en la mesa, en plan de igualdad de derechos y obligaciones, con todos los comensales de la vida.

3. LOS INDÍGENAS ANTE LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

A menudo nos han tildado de *globalifóbicos* y opositores al progreso. Eso no es así: los pueblos indígenas hemos sido los primeros en plantearnos en serio el asunto de la globalización neoliberal². No es la modernidad en sí misma lo que más nos preocupa; pues los pueblos indígenas no le tememos a la modernidad³. La modernidad y el progreso no son enemigos de nuestros pueblos. Sí lo es la injusticia con que la modernidad neoliberal se construye acumulando riquezas en pocas manos a costa del empobrecimiento de las mayorías. Y ante la injusticia nuestros pueblos han sabido reaccionar airadamente no sólo ahora, sino en toda nuestra historia.

Ante los tratados de libre comercio y los macro-proyectos modernizadores, los pueblos indígenas percibimos de inmediato no la bondad de un planteamiento que nos viene a resolver los problemas de miseria y postración, sino la voracidad despiadada de un modelo social que, después de habernos despojado de

nuestro capital básico, constituido por la tierra y sus recursos naturales, ahora regresa por lo que nos queda en la superficie y en el subsuelo. Se trata de un sistema que enfatiza la mercantilización de todo poniendo el mercado por encima del ser humano y sus valores. Esto lo dijimos desde finales de los 80⁴ y más abundantemente a principios de los 90. Pero nadie en el poder nos hizo caso. La globalización neoliberal se impuso, a pesar de las voces indígenas y no indígenas en contra.

4. PERO OTRO MUNDO ES POSIBLE

Ante el *orden establecido* los descendientes de los pueblos más antiguos de este continente no nos quedamos de brazos cruzados, como otros sectores de la sociedad a los que poco a poco los fueron convenciendo de que no hay alternativa viable. Nosotros nos pusimos en búsqueda y nos unimos a los soñadores de *otro mundo posible*, porque, a pesar de lo dramático de los acontecimientos, consideramos que hay un nuevo momento *kairótico* de la historia



Los indígenas ya no nos resignamos sólo a comer, como los perritos, las migajas que caen de la mesa de quienes se han apoderado de la conducción de nuestros países e iglesias; queremos sentarnos en la mesa, en plan de igualdad de derechos y obligaciones, con todos los comensales de la vida

para abrir posibilidades de un futuro distinto del que ahora está vigente. Éste puede ser el inicio de un rumbo diferente a los derroteros impuestos a la humanidad, si tomamos en serio los aportes valiosos provenientes de la sabiduría milenaria de los pueblos que florecían en esta tierra antes del modelo social que desde hace más de 500 años se impuso sobre nosotras/os no sólo en este continente, sino en el mundo entero.

Esto lo han entendido muy bien un número considerable de compañeras y compañeros provenientes de la sociedad civil y de las iglesias, que se han acercado a los procesos indígenas recientes y se han hecho entusiastas defensores de las causas que animan y dan sentido a nuestra lucha actual. Ellas y ellos han sido como el Moisés del Antiguo Testamento bíblico que, insertándose vitalmente en la cultura y espiritualidad de los nómadas del desierto, que eran los más marginados de su época, descubrió que ahí se ocultaba una energía de vida que podía servir para diseñar un mundo más humano y justo para todas/os. Y es que en los pobres, que conservan el espíritu de sus antepasados, se encuentran semillas de humanidad que pueden renovar la vida en todas sus manifestaciones: humanas, ecológicas y planetarias. Tal como expresaron los hermanos de Paraguay, los in-

dígenas no somos el problema a resolver, podemos ser la medicina que contribuya a la solución de los problemas.

5. SOMOS PUEBLOS DE ESPERANZA

Los “*pueblos originarios*”, como nos llaman ahora los obispos en el Documento de Aparecida, somos el sustrato más antiguo de este “*continente de la esperanza*” y no hemos perdido las razones que dieron origen a nuestro caminar por estas tierras. Desde milenios atrás aquí hemos echado *raíces* y aquí nos hemos construido *un rostro y un corazón* que nos dan una identidad y un proyecto de vida que, aunque fue brutalmente truncado con la implantación de modelos de sociedad que negaron todos nuestros derechos, sigue animando nuestra esperanza. Como han expresado los hermanos mayas en el Popol Vuh, nuestras raíces siguen vivas y, con esa terca esperanza, que no muere, resistimos de muchas maneras oteando el cielo en la noche larga de la injusticia institucionalizada, en espera de un nuevo amanecer, que ahora se vislumbra en el horizonte. Por eso

Nosotros nos pusimos en búsqueda y nos unimos a los soñadores de *otro mundo posible*, porque, a pesar de lo dramático de los acontecimientos, consideramos que hay un nuevo momento *kairótico* de la historia para abrir posibilidades de un futuro distinto del que ahora está vigente



estamos sacando de las cuevas nuestra sabiduría ancestral y la compartimos con nuestras/os hermanas/os mestizas/os y con toda la humanidad.

Pero la voz indígena no está siendo escuchada por aquellos que, al ver amenazados sus intereses, se llenan de violencia y arman guerras represivas contra nuestros líderes y comunidades, llegando a perpetrar verdaderos genocidios que son crímenes de lesa humanidad. Así lo manifiesta recientemente nuestro hermano Delfín Tenesaca, Presidente de la Ecuarrunari, y uno de los dirigentes indígenas de Ecuador: *“Ningún gobierno ha sido capaz de atender a los pueblos indígenas por su sensibilidad si no es con la movilización organizada a costa de mucha sangre e incluso vidas de muchos de nuestros compañeros”*⁵.

6. SOMOS ALTERNATIVA DE VIDA

En varios países de América la lucha indígena es ahora triunfante y está ofreciendo alternativas en muchos aspectos. En otros lugares los indígenas seguimos tocando puertas para plantear cambios estructurales de fondo que hagan posible sociedades verdaderamente incluyentes. Las iglesias cristianas están siendo igualmente desafiadas por la nueva presencia indígena en su seno, para exigir el lugar digno que nos corresponde

no según el designio de los *dueños del poder y del dinero*, sino según el plan de Dios, que nos quiere a todas/os como sus hijas y sus hijos predilectos.

Es la hora de construir un mundo donde haya lugar digno para todas y para todos. Esto implica necesariamente, para los Estados, el cumplimiento de los acuerdos pactados con las comunidades indias, la aprobación de leyes, estructuras y mecanismos, que reconozcan y viabilicen la composición de naciones verdaderamente pluriculturales y pluriétnicas, que respondan cabalmente a las exigencias de nuestros pueblos. Y para las iglesias, la puesta en marcha de las decisiones conciliares sobre el surgimiento de las iglesias autóctonas, el decidido apoyo a los procesos indios dentro de la institución: como el diaconado indígena, la teología india, los ministerios autóctonos, la liturgia inculturada. Mientras esto no suceda, Juan Diego seguirá diciendo a Tonantzin Guadalupe: *“Me envías a un lugar donde no ando y no paro”*⁶.



Los *“pueblos originarios”*, como nos llaman ahora los obispos en el Documento de Aparecida, somos el sustrato más antiguo de este *“continente de la esperanza”* y no hemos perdido las razones que dieron origen a nuestro caminar por estas tierras

7. TAMBIÉN LUCHAMOS POR LA MADRE TIERRA

Como han manifestado nuestros representantes en la Cumbre de Pueblos de 2010:

Los pueblos indígenas somos hijos e hijas de la Madre Tierra, o Pachamama en quechua. La Madre Tierra es un ser vivo del universo que concentra energía y vida, cobija y vivifica a todos sin pedir nada a cambio. Es el pasado, presente y futuro, es nuestra relación con la Madre Tierra. Convivimos con ella desde hace miles de años con nuestra sabiduría, espiritualidad cósmica ligada a la naturaleza. Sin embargo, el modelo económico, impulsado y forzado por los países industrializados que promueven la explotación extractiva y la acumulación de riquezas, han transformado radicalmente nuestra relación con la Madre Tierra. El cambio climático, debemos constatar, es una de las consecuencias de esta lógica irracional de vida. Esto es lo que debemos cambiar.

La agresión a la Madre Tierra, los golpes y las violaciones contra nuestros suelos, bosques, flora, fauna, biodiversidad, ríos, lagos, aire y el cosmos son golpes contra nosotros mismos... No se respetan nuestros territorios,

particularmente de los pueblos en aislamiento voluntario o en contacto inicial, y sufrimos la más terrible agresión desde la colonización solo para facilitar el mercado y la industria extractiva.

Reconocemos que pueblos indígenas y de todo el mundo, vivimos en una época de crisis generalizada: ambiental, energética, alimentaria, financiera, de valores, entre otros, como consecuencia de las políticas y actitudes de Estados racistas y excluyentes.

Afirmamos que los espacios de negociación internacional han excluido sistemáticamente la participación de los pueblos indígenas. Por este motivo, ahora los pueblos indígenas nos hacemos visibles en estos espacios, porque al haberse herido y saqueado a la Madre Tierra con actividades que impactan negativamente sobre nuestras tierras, territorios y recursos naturales, nos han herido también a nosotros. Por eso los pueblos indígenas no nos quedaremos callados, sino que planteamos la inquebrantable movilización

La agresión a la Madre Tierra, los golpes y las violaciones contra nuestros suelos, bosques, flora, fauna, biodiversidad, ríos, lagos, aire y el cosmos son golpes contra nosotros mismos...

de todos nuestros pueblos para llegar a la COP 16 en México y otros espacios, articulados y preparados para defender nuestras propuestas, particularmente del Estado Plurinacional y el Vivir Bien. Nosotros, los pueblos indígenas, no queremos vivir mejor, sino queremos vivir bien, que es una propuesta para lograr el equilibrio y a partir de ello construir una nueva sociedad.

La búsqueda de objetivos comunes, según nos muestra la misma historia, solo se conseguirá con la unión de los pueblos indígenas de todo el mundo. Las raíces ancestrales, indígenas, originarias de toda la población mundial deben ser uno de los lazos que nos unan para lograr un solo objetivo⁷.

8. COMPARTIMOS NUESTRAS SEMILLAS DE HUMANIDAD


Como ya he dicho en otras ocasiones, éste es un tiempo especial de gracia y jubileo que da posibilidades para que las utopías indígenas fecunden a la humanidad y haya pronto un nuevo amanecer de la vida. Porque el Espíritu de Dios y el espíritu humano siguen aleteando sobre el caos de la modernidad actual en espera de mujeres y hombres que, junto con Él, seamos cocreadores y cofor-

madores de un nuevo cosmos, de una Tierra sin males o de la Casa grande para todas y todos. Los indígenas percibimos claramente estas señales de los tiempos y ponemos a disposición de los demás hermanas y hermanos del planeta las semillas de humanidad que venimos guardando en los graneros de nuestras culturas ancestrales.

NOTAS

¹ Cabe recordar las protestas indígenas por causa de algunas afirmaciones del Papa Benedicto XVI en la inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Aparecida 2007, que los líderes indígenas interpretaron como contrarias a la verdad histórica y, en consecuencia, exigiéndole cambios profundos en sus esquemas de comprensión y de relación con el mundo indígena.

² Por ejemplo en México, las organizaciones indígenas independientes, los organismos no gubernamentales de Derechos Humanos y los servidores pastorales de las comunidades indígenas nos esmeramos, desde los años 80, en escudriñar el sentido y trascen-



Los indígenas percibimos claramente estas señales de los tiempos y ponemos a disposición de los demás hermanas y hermanos del planeta las semillas de humanidad que venimos guardando en los graneros de nuestras culturas ancestrales.

dencia de dicha globalización y sus implicaciones en las comunidades.

³ En la historia pasada nuestras y nuestros abuelos supieron construir modernidades y globalizaciones de gran envergadura. *Mesoamérica*, por ejemplo, como categoría antropológica, es el resultado de una transformación globalizante y modernizadora nunca antes conocida: del nomadismo los pueblos que vivían desde el sur de lo que ahora es Estados Unidos de América hasta el norte de Panamá pasaron a la civilización urbanística a partir de la agricultura del maíz, durante más de mil años: 500 años antes de Cristo y 800 después de Cristo. Los Aztecas, con su tecnología de las *chinampas* (sembradíos sobre el lago), el comercio distante y su concepción de la guerra, implementaron en el Anáhuac mexicano una modernidad grandiosa. Lo mismo hicieron los Incas en los Andes, y los Guaraníes en el Cono Sur; y no se diga de los Mayas en la península de Yucatán y en Guatemala con su sabiduría del tiempo, del espacio y de las matemáticas.

⁴ Mons. Bartolomé Carrasco Briseño, Arzobispo de Oaxaca, expresaba en su homilía en la Basílica de Guadalupe el 12 de mayo de 1984: *“La problemática actual que se abate sobre nuestra patria, con toda su secuela de privación, de dolor y de angustia para el pueblo y, sobre todo, de frustración ante un presente que se deteriora día a día y un futuro que se antoja apocalíptico, casi nos obliga a repetir lo que Juan Diego te expresó con tanta tristeza: ‘Desde que nacimos, venimos a aguardar el trabajo de nuestra muerte’ (Nican Mopohua). Dentro de la estructura de nuestra sociedad actual, el pueblo pobre -el indígena, el campesino, el obrero, el desempleado-, no es otra cosa que ‘hombrecillo, cordel, escalera de tablas, cola, hojas’, reducido en su dignidad y en sus derechos humanos, porque hay un proyecto de sociedad que se construye sin él y, tal parece, contra él”*.

⁵ RedCi, 26 de febrero 2010.

⁶ Nican Mopohua.

⁷ *Declaración de los pueblos indígenas del mundo*. Tiquipaya, Cochabamba, Bolivia a los 21 días del mes de abril del 2010.